

En busca de la belleza

ENRIQUE GONZÁLEZ FERNÁNDEZ*

Desde hace mucho tiempo he venido pensando en la suma importancia que tiene la belleza para nuestra vida en general, y que una de las notas más expresivas de la decadencia actual —incluso la religiosa— es el alarmante descenso del nivel de la belleza de nuestro mundo.

La directora de Cuenta y Razón me pide explicar los motivos que me llevaron a escribir el libro (recientemente publicado por la Editorial San Pablo) titulado *La belleza de Cristo*. Una comprensión filosófica del

Evangelio, que dedico a mi maestro Julián Marías y que aparece con un prólogo suyo que me hace estarle, una vez más, profundamente agradecido.

El Cristianismo es una religión sumamente hermosa, pero siempre ha habido quienes dentro de él se han empeñado en afearlo; también esta fealdad se ha plasmado últimamente en sus manifestaciones artísticas, todo lo cual ha contribuido a que tantos se hayan alejado de él.

Releyendo el Nuevo Testamento en su original griego, me sorprendió la cantidad de veces que habla de “bello” y de “bueno”, dos conceptos de particular importancia, por otro lado, para la Filosofía nacida en Grecia. Ambos conceptos unidos eran denominados por los griegos con una sola palabra: kalokagathía, la hermosura y la bondad. Uno de los capítulos de mi libro se titula precisamente así.

En el Nuevo Testamento, el término kalós (hermoso, bello) aparece 99 veces y el término agathós (bueno), 104. Casi con la misma frecuencia. Se ha traducido y se traduce kalós por bueno, lo cual no es exacto. En mi libro doy textos del Evangelio que parecen nuevos porque los traduzco con exactitud. Es importante retener que Cristo haya utilizado tantas veces el concepto de belleza o hermosura. E invita al hombre a hacer obras hermosas, a realizar la belleza en su vida. El título de mi libro se refiere no sólo a la belleza que corresponde a la persona de Cristo, sino también a la belleza que él comunica a las demás personas, que corresponde a nosotros por ser obras suyas. Jesús habla de obras kalà (hermosas), de frutos kaloùs (hermosos) o de corazón kalê kai agathê (hermoso y bueno). La Antigüedad griega también hablaba del hombre kalòkagathós. Es verdad que todo lo bello es bueno, y viceversa, pero hay que matizar.

Yo no soy teólogo, ni escriturista, ni siquiera especialista en griego. Simplemente señalo lo que puede verse al leer con atención el Evangelio. Para comprenderlo hay que dar por descontada la divina belleza de su protagonista.

Es lo que procuro mostrar en las páginas de ese libro cuya idea me ha perseguido siempre. Resulta interesante ver cómo Cristo se llama kalós, hermoso. Cuando en marzo de 2001 la

prensa presentó cierto estudio de un feísimo rostro robot obtenido a partir de la reconstrucción forense de un cráneo, contemporáneo a Cristo, elegido al azar en un cementerio judío, y dado por muchos como muy parecido al del propio Jesús, me vi más impulsado entonces a proseguir mi tarea.

Mis obligaciones impidieron que no me dedicara plenamente a ello hasta el verano siguiente, en que encontré tiempo para leer con detenimiento, muchas veces seguidas, los cuatro Evangelios. Entonces descubrí bastantes cosas nuevas y pude razonar otras que anteriormente las tenía ya muy meditadas.

Y ahí ha aparecido ya la palabra clave: “razonar”. Los Evangelios son muy escuetos, dicen sólo lo imprescindible, fueron vertidos además en otro idioma distinto del que habló Jesús. Hay aspectos que no se entienden si no se tiene en cuenta lo razonable. Para comprender el Evangelio no basta con atender al estricto dato teológico contenido en sus textos, tan condensados, sino que es preciso hacer al mismo tiempo una sutil labor filosófica que permita descubrir lo que implícitamente se contiene en ellos. Esta necesaria tarea —liberada de todo fundamentalismo— muestra lo que es más razonable para saber quién y cómo es Cristo. Por ello mi libro lleva como subtítulo Una comprensión filosófica del Evangelio. Y lo hago sirviéndome principalmente de la Filosofía de Marías y Ortega, lo cual —a pesar de ser el instrumento intelectual que mejor permite comprender el Cristianismo— no se había realizado todavía. Gracias a este método, lo primero que comprendemos es precisamente la extraordinaria belleza de Cristo y la que comunica a sus discípulos y a quien se hace su servidor, llamado por San Pablo kalòs, hermoso (yo mismo me sorprendí

al ver aparecer también aquí, de nuevo, en otro contexto, esta palabra).

Cuando comencé mis estudios de Filosofía en la Universidad Complutense —el año 1980— me llamó poderosamente la atención que Lutero despreciara tanto la razón (a la que, con su teoría de la sola fe, la sola fides, considera “la gran ramera”), y me propuse estudiar su influencia —de la que enseñada me di cuenta— en Kant, que parece explicar y defender lo que Lutero, en realidad, quería decir: que la “razón teórica” no es capaz de conocer a Dios, aunque la “razón práctica” puede postular su existencia, y como profundamente luterano-pietista que es Kant sigue otorgando la primacía absoluta, para ese conocimiento, a la fe.

Circula la idea, incluso en algunos ambientes católicos, de que la razón y, por supuesto, la Filosofía no son aptas para comprender el Evangelio. Mi libro, más filosófico que teológico, reivindica el insoslayable papel de la razón, de la Filosofía, de lo razonable, para comprender los Evangelios, y debe leerse como un ensayo de Cristología según la razón vital.

Mis consideraciones están hechas a la luz de la razón. No de la razón abstracta, propia del racionalismo, que poco o nada tiene que ver con ella, sino de la razón vital; de la razón sin más. De la razón que conduce a la fe; de la fe que conduce a la razón. El dato histórico, irrefragable, de los cuatro Evangelios postula que se estudie iluminándolo con la razón, sin la cual la fe queda mutilada y coja, abstracta, sin luz propia. Pero la razón ha sido frecuentemente vista en ámbitos “religiosos” con malos ojos, con cierta sospecha, sin darse cuenta de que, si es auténtica —y no algo reduccionista—, ilumina, clarifica, disipa las tinieblas. Especialmente porque, en última instancia, la razón procede del Lógos, Cristo,

la Luz, la Razón por antonomasia, fuente y origen de ella.

En el Prólogo de San Juan se unen la razón y la vida; se trata no de una razón abstracta, sino vital. El Lógos es entonces la Razón vital. Lejos de ser enemiga de la vida, como sostienen los irracionalistas enemigos de Kant y del racionalismo, situados en sus antípodas (los extremos se tocan), la razón es una función vital. Quien recibe al Lógos con fe fundada en el amor debe esforzarse por intentar entenderlo con la razón, por buscar su inteligencia. El Lógos, Cristo, ilumina a quien lo recibe para que se produzca esa comprensión. Es lo que intento hacer con mi libro.

Los griegos definían al hombre como *zôon lógon échon*, el viviente que tiene logos, que tiene razón. Cristo se presenta como el Logos, la Vida (*Zoé*) que ha creado a su imagen y semejanza a ese viviente que tiene logos. Luego la razón no se debe subestimar o despreciar, es algo divino; Dios, fuente y origen de toda razón, la Razón misma, desea ser comprendido mediante ella, depositada en cada hombre.

“Si la Sabiduría es Dios, el verdadero filósofo es el que ama a Dios”, escribe San Agustín. Porque el filósofo es el que ama la Sabiduría, Dios. Jesús dice que “la Sabiduría se ha justificado por sus obras”, que “la Sabiduría se ha justificado por todos sus hijos”. Los hijos de la Sabiduría, de Cristo, la aman, la justifican, la acreditan, la razonan porque son filósofos. Y la Filosofía, el amor a la Sabiduría, es absolutamente necesaria e imprescindible para comprender a Cristo y su Evangelio, que siempre enseña lo razonable.

Lo que hago en mi libro es guiar justamente hacia lo más razonable para comprender el Evangelio. Un culto a la literalidad (lo mismo

que el menosprecio de la razón), como suele hacer el Protestantismo, acarrea el peligro de no llegar a comprender bien lo que dice el Evangelio, de leerlo con una especie de anteojeras, sin tener en cuenta el contexto, de incurrir en una especie de fundamentalismo. Para entender muchos de sus pasajes es preciso tener en cuenta que esos textos están impregnados de lo que llama Julián Marías adherencias histórico-sociales. Se hacen a veces traducciones e interpretaciones que no son razonables. Mi empresa ha consistido en aplicar la razón, la Filosofía, para comprender el Evangelio, hacer uso del lógos que posibilita entender, que permite dar Cuenta y Razón de determinados contextos, probables adherencias e intenciones. Recuérdese la definición que Marías da de razón: “la aprehensión de la realidad en su conexión”, porque en nuestro caso se trata de aplicarla al Evangelio: para comprender cualquier pasaje de esa realidad que es la vida, obras y palabras de Cristo, lejos de sacarlo fuera de contexto, hay que conectarlo con todos los demás, con todo lo que es coherente y razonable en Jesús. Hay que saber establecer las necesarias conexiones.

Cada vez me doy cuenta de que soy más profundamente católico. Como expongo en mi obra, un problema del Catolicismo es que debe liberarse de ciertas adherencias que lo afean porque no son católicas. Algunas son protestantes; otras no son ni siquiera cristianas por proceder del judaísmo, del neoplatonismo, del maniqueísmo, del paganismo o sencillamente de pesados usos tradicionales, accidentales, que se han ido incorporando con el paso del tiempo y que frecuentemente se consideran esenciales. Este problema, de urgente solución, podrá resolverse, desprendiéndose de esos lastres, gracias a la razón, a lo razonable, que nos libre de un fideísmo que siempre acecha inercialmente. “La verdad —la absoluta

novedad del Cristianismo que supera al Viejo Testamento— os hará libres”.

También, por último, mi libro da Cuenta y Razón (lógon didónai) de Cristo explicando innovadoramente su contexto, aclarando su doctrina. Por ejemplo, dando razón de su buen humor, de su alegría o de cómo es el Cristianismo la Religión del Cuerpo (y en el capítulo denominado así presento una explicación razonable de la resurrección de cada persona, que supera la escatología “oficial” tan fea e insatisfactoria). Se ve además cómo Cristo se opone de forma tajante al nacionalismo, la peligrosa maldad de su época, la mayor inmoralidad de la nuestra, una extremada fealdad absolutamente incompatible con el Cristianismo.